



Carmela escribe á su amiga Florentina que atrayendo á Pablo frecuentemente al convento por medio de su habilidad en el canto consigue que no la olvide.

I

¡Con qué placer tan grande te lo cuento!
 Víctima fiel de las memorias mías,
 para escuchar mi acento,
 el sol de mis primeras alegrías
 acude á presenciar todos los días
 los oficios divinos del convento;
 y yo que aunque soy monja rigorista,
 sin faltar á las leyes del decoro,
 por mis fueros de artista
 puedo bien desde el coro
 ser oída y oír, ver sin ser vista,
 le atraigo dulcemente
 con el arte bendito
 que sin formas ni líneas, vagamente
 consigue en lo interior de cuanto siente
 juntar lo indefinido á lo infinito;
 y aunque ayer contagiado
 de mi canción por el ardiente fuego
 me oía embelesado,
 aguzando el oído como un ciego,
 pasó nuestra pasión desconocida
 para el alma dormida
 de estas monjas honradas
 que tristes y en sus celdas encerradas
 ven vegetar sin atrición la vida;
 y nadie en el convento,
 mientras duró mi canto, ha conocido
 que, el uno al otro unido,
 desde su pecho al mío era mi acento
 un reguero de plomo derretido.

II

No en vano pretendía
 que él oyese algún día
 el temblor de mi voz apasionada.

porque yo bien sabía
 que una mujer amada
 oída es más temible que mirada;
 y así al buscar, oyéndome, consuelo,
 dando ciego al olvido
 que es el amor en nuestro obscuro cielo
 un sol que para siempre se ha extinguido,
 en su pura inocencia
 el infeliz no sabe
 que siempre es cosa grave
 someter el amor á la experiencia,
 y por eso no advierte
 que oír la voz de una mujer querida
 hace adorar la vida,
 como un clarín hace afrontar la muerte;
 y aunque yo, siempre honrada,
 como una salamandra ya aguerrida
 de mi edad más florida
 la hoguera atravesé sin ser quemada,
 hasta á mí misma su pasión me aterra,
 pues temo que el volcán que mi alma encierra
 ante el calor de su recuerdo estalle.
 ¿Dónde hay amor tan puro en que no se halle
 levadura del limo de la tierra?

¡Quiera Dios, quiera Dios, que sus dolores
 no reanimen de nuevo mis ardores,
 como algún día, de sudor cubierto,
 recordaba sus íntimos amores
 al darle á San Jerónimo temblores
 las ráfagas de viento del desierto!

III

Al llegar el instante
 en que á hurtadillas veo
 su extático semblante
 envuelto en una nube de deseo,

del órgano primero acompañada
 pulsé con diestra mano
 una tierna balada
 difundida y mezclada
 al monótono son del canto llano,
 y así, juntando á las divinas glorias,
 algo del cieno del humano goce,
 con varias inflexiones que él conoce,
 mis notas impregné de sus memorias,
 y en tanto que él me mira
 con grandes ojos, de ternura llenos,
 yo, con el genio que el amor inspira,
 hice, apelando al día de la ira,
 al órgano lanzar rayos y truenos.

Y cuando estaba de dolor postrado,
 sintiendo una agonía permanente,
 á un altar apoyado,
 para oírme, los ojos dulcemente
 abría como un niño embelesado,
 y á la postrera nota
 en que el amor de lo pasado evoco,
 más bien que como un loco
 miraba el infeliz como un idiota.
 ¿Qué fué de la ventura
 de este hombre de nobleza inmaculada,
 que hoy lanza en su terrible desventura
 relámpagos de sangre su mirada,
 corriendo á toda prisa á la locura?
 ¡Oh! ¡cuán honda tristeza
 inspira al alma esa común flaqueza
 de ver rodar, caída por el suelo,
 la indómita fiereza
 con que levanta con orgullo al cielo
 su torre de Babel toda cabeza!

IV

Conforme él iba atento,
 como un ciego de amor de nacimiento,
 traduciendo mis notas en cariños,
 pues ven por sentimiento
 los ciegos, las mujeres y los niños,
 toda el alma en el timbre del acento;
 yo, iniciando con ánimo tranquilo
 cierto tema de amor idealizado,
 que es Fray Luis de León en el estilo,
 por supuesto añadiéndole el pecado,
 en escala ascendente
 parodiando más tarde vagamente
 el plácido gorjeo
 del céfiro sutil del mar Egeo
 que el sol suele traernos del Oriente,

copié luego los giros de la brisa
 que agitando indecisa
 las flores con sonoro movimiento
 va imitando la risa
 de niñas que están locas de contento;
 y al acabar mi canto, santamente
 pedí con voz doliente
 para él la dicha y para mí el olvido
 á ese gran Dios de las tristezas mías
 que la inmortal naturaleza adora,
 y á quien manda sus himnos ó alegrías
 cuando en la tarde, y al brillar la aurora,
 la tierra es un delirio de armonías.

V

Miradle allí rendido,
 como si fuese por un rayo herido,
 pensando en su locura
 «¿Por qué entré en el convento?»
 cuya triste y eterna conjetura
 hace su desventura,
 pues no hay carga mayor que el pensamiento.
 De este misterio, el sin igual tormento
 será su torcedor hasta que muera,
 y como el sér que espera desespera
 él vivirá desesperado y loco,
 y sin dar con la causa verdadera,
 así lo irá matando poco á poco
 la fiebre intolerable de la espera.
 Y yo ¿qué espero? Nada.
 Aunque ya escarmentada
 no olvido, para andar con pie seguro,
 que el presente es el filo de una espada,
 y el pasado lo mismo que el futuro,
 un sueño entre una nada y otra nada;
 con humildad cristiana
 ya vivo convencida
 de que en toda la vida
 ni por Dios bendecida hay dicha humana.
 y sólo espero, por la muerte herida,
 á la tumba cercana,
 que el voto que del mundo me destierra
 me abra un día en el cielo otra esperanza,
 que en el amor, lo mismo que en la tierra,
 cuando un mar se retira el otro avanza.

VI

Soy dichosa de veras.
 Ahora es cuando creo
 que la lira de Orfeo
 convertía en corderos las panteras,
 pues cuando, como un reo,

á locura y á muerte condenado,
me escuchaba aterrado,
dando á mi voz, con afectada calma,
una tierna inflexión que él no ha olvidado,
reanimando su amor, nunca apagado,
le herí de frente en la mitad del alma;
y su dolor fué tanto,
que, apresuradamente,
huyendo con vergüenza de la gente,

del convento salió rompiendo en llanto;
y yo, al verle salir, enardecida,
mandándole una eterna despedida,
con voz, mezcla de hachazo y de lanzada,
hice febril apresurar su huida
al que lleva la imagen esculpida
del Dios de mi niñez en su mirada...
¡Adiós, noble esperanza defraudada!
¡Adiós, único sueño de mi vida!

CARTA QUINTA

DE CARMELA Á FLORENTINA

Anunciándole la muerte de Pablo y revelándole el secreto de su profesión.

I

Antes que mi memoria
venga á falsear la intemperante historia
que no calla lo suyo ni lo ajeno,
desde este jardín lleno
de flores ignoradas
en donde, aunque no es moda ser cristiano,
se ejercen con esfuerzo sobrehumano
unas viejas virtudes desusadas,
con el alma partida de tristeza
mi espíritu iracundo
se despide de un mundo
en que no hay más virtud que la belleza.

II

Murió presa de un éxtasis divino
el hombre enamorado
que siendo tan cortés como un Cruzado
tenía el corazón de un Antonino.
Y aunque por él sentía
el ciego amor que en el delirio toca,
tengo, al saber que ha muerto, una alegría
más triste que el contento de una loca.
Pues por más que ahora mismo el sentimiento
mi corazón destroza
al recordar cuando á escuchar mi acento
se mostraba en la iglesia del convento
como un rey á la puerta de una choza,
sin querer ni saber en qué consiste,
al llegar para mí la eterna ausencia
de un ser que era mi vida y ya no existe,
te declaro en conciencia
que siento, como hay Dios, no estar más triste;

y es porque considero
que para mi alma ardiente es gran fortuna
el que, muerto él primero,
no pueda ser querido de otra alguna,
y bendigo al Señor porque ha dejado
mi espíritu en reposo.
¡Qué alegre está un celoso
cuando muere antes que él el sér amado!

III

¡Tiene burlas que espantan el destino!
¡Cuándo era más cantada mi belleza
me convirtió en un monstruo el Dios que vino
á hacer una virtud de la tristeza!

Yo soy, amiga mía,
la que pasé por bella entre las bellas,
y á quien Pablo algún día
— Para verte, Carmela, me decía,
hacen alto en el cielo las estrellas. —
Pero ¡ay de mí! cuando llegó el instante
de ser la esposa fiel de un fiel amante,
un rayo repentino
cayendo en mi semblante
partió de medio á medio mi destino.
Hoy ya puedo contarte que apartado
este velo que ampara
el recuerdo feliz de mi pasado,
parecen las arrugas de mi cara
oquedades de un mármol oxidado;
y más muerta que viva
te diré que unas pérfidas viruelas
en esta frente altiva,
dejando de su paso las estelas,
hicieron de mi cutis una criba.

Y cauta, en previsión de que el amante,
próximo á ser mi esposo,
no viese este semblante
que es de un ídolo indiano en lo espantoso.
para ocultar las huellas
que dejó en mí la enfermedad traidora,
fuí buscando la sombra protectora
que hace iguales las feas y las bellas;
y, sin perder momento,
huyendo del amor con heroísmo,
me vine á este convento
que me atrajo hacia sí como un abismo,
y en él, haciendo al cielo
una noble promesa,
además de mis votos de profesa
hice voto especial de llevar velo;
pues aunque yo sabía
que es sólo la belleza flor de un día,
quise huir del mayor de los horrores,
y es que Pablo me viese de este modo,
sabiendo que en amores
la realidad lo desencanta todo;
y cierta de que el mundo embelesado
más bien que al corazón, mira á la cara,
pues siempre para el hombre enamorado
vale más y es más bello un pie torneado
que un palacio de mármol de Carrara,
del mundo huí con varonil firmeza,
pues, por más que el decirlo es cosa dura,
lo que encanta en la vida es la belleza,
y el alma en la mujer es la hermosura.

IV

Visto el mundo á través de mi tristeza,
y estando convencida
de que el hombre sólo ama la belleza
y en faltando el amor ¡adiós la vida!
voy á pensar ahora en mi pasado
para poner en orden mi conciencia,
porque es limpiar el alma del pecado
el último pudor de la existencia.
En vez de ir imitando
á estas hijas de Cristo
á quienes va matando
la nostalgia de un cielo que no han visto,
yo, fingiendo una santa penitencia,
es tanto lo que lidio
por terminar cuanto antes mi existencia,
que entregada al cilicio y la abstinencia,
es mi vida ejemplar un suicidio.

¡Morir! nada hay que consolarnos pueda
de una ilusión perdida,
y más cuando en la vida
la hermosura se va y el amor queda.
¡Morir y morir pronto! he aquí la suerte
que anhelo con empeño:
como el hombre cansado llama al sueño,
busca el triste el consuelo de la muerte.

V

Al ver el santo celo
de estas pobres mujeres
que atentas á cumplir con sus deberes
por el camino real marchan al cielo,
deseo arrepentida
morir creyendo en Dios y en la otra vida:
y aunque ruegan por mí con fanatismo
estas monjas honradas
que creen que purifican mis miradas
lo mismo que las aguas del bautismo,
aun temo por el fin del alma mía,
porque yo siempre he sido
una grande impostora que ha sabido
inspirar una fe que no tenía;
y aunque hoy, crédula y tierna,
el recuerdo del ser por quien suspiro
es el cristal de aumento con que miro
los horizontes de la vida eterna,
tengo dudas si, al fin de la jornada,
podrá morir del todo arrepentida
esta desventurada
que ha pasado la vida
mirando á lo infinito sin ver nada.

VI

¡Qué malestar! ¿Si empezará, Dios mío,
la muerte del planeta?
¡Los mármoles estallan con el frío,
y una bruma pesada el mar aquietará!
¡Adiós, adiós! Voy á morir en breve,
pues cual si fuese, como yo, otro muerto,
sobre el mundo desierto
echa el cielo una sábana de nieve,
y oculta entre la atmósfera sombría,
alguna mano fría
parece que me entierra
entre esa nieve que será algún día
el último ropaje de la tierra.